



FUERTA Y ARRABAL DE SAN DIONISIO.

El arco de triunfo de la puerta de San Dionisio fué erigido por la ciudad de París en 1672, según los diseños de Blondel, como recuerdo de las primeras victorias de Luis XIV, príncipe que en el corto espacio de dos meses había tomado 33 ciudades y tres provincias, que reunió á la corona de Francia. Este monumento tiene 24 metros de altura; el arco principal tiene ocho metros de anchura, 14 de altura, y en cada lado hay dos arcos de dos metros de ancho sobre tres de elevación, y sobre los arcos laterales hay pirámides en relieves, coronadas de globos adornados de flores de lis y coronas. Las facies esculpidas representan trofeos militares, la Holanda, el Rin, etc. Encima del arco y en un bajo relieve se representa Luis XIV á caballo atravesando el río. En el friso está grabada la inscripción á *Ludovico Magno*. Otro bajo relieve representa la toma de Mastrich y otras victorias. Este monumento, que se arruinaba, fué reparado en 1807 por Cellierier, según las órdenes de Napoleón. El pueblo, en julio de 1830, subió á la puerta de San Dionisio, y desde allí disparaba contra las tropas realistas. Desde entonces ha sido uno de los puntos de reuniones populares.

EL DOCTOR AZPILCUETA.

(Conclusión.)

Por este tiempo fué encausado y encarcelado por la Inquisición el célebre arzobispo de Toledo D. Bartolomé de Carranza á título de errores en sus escritos, y queriendo Felipe II que el primado de las

Españas fuera patrocinado por quien obtenía entre sus súbditos la primacía en saber y experiencia, obligó con repetidas órdenes al doctor Navarro á encargarse de la defensa del arzobispo. Aunque patrono y cliente eran paisanos, jamás se habían visto ni tratado, y entrambos dieron una prueba la mas inequívoca de la rectitud y pureza de sus intenciones y sentimientos, cuando diciendo el primero al segundo que si en examinando el proceso le creían reo, se convertiría de abogado en juez suyo, aceptó de plano tal proposición el prelado. Lejos estuvo Azpilcueta de reputarle culpado, y en fuerza de su convencimiento de que defendía los fueros de la inocencia, desplegó tal celo y decisión en su empresa, que habiendo sido llevado á Roma el arzobispo con la causa por orden del papa San Pio V, ni la edad septuagenaria ni los inconvenientes de tan largo camino fueron parte para que dejara de aventurarse á ir allá montado en la mula de que se servía.

En Roma, donde todavía alcanzó diez y nueve años de vida el doctor Navarro, fué muy estimado de los tres papas, que sucesivamente fueron el mencionado San Pio V, Gregorio XIII y Sisto V. Desde luego fué nombrado penitenciario apostólico al lado del cardenal San Carlos Borromeo, cuyo sucesor, el cardenal Alciato, solía decir: «siempre que falta aquí el doctor Navarro, parece este oficio un cuerpo acéfalo y sin cabeza.» En una obra manuscrita de principios del siglo XVII, existente en la biblioteca de Roncesvalles y titulada *Apología de Roncesvalles y su cabildo*, léense las interesantes noticias siguientes acerca del célebre doctor, que las confirma en parte ó las amplía D. Nicolás Antonio en su biblioteca, escrita é impresa en Roma. «Muchas veces (dice) fué llamado por la congregación de los cardenales á consultarle dubios; allí mismo sin salir y sin mas dilación los decidía, y viendo los cardenales una esciencia tan profunda y

7 DE AGOSTO DE 1835.

clara, decían de él, que como se dice del papa que tiene todo el derecho en el *scrinio* ó cerca de su pecho, así Navarro en la memoria y entendimiento.—Estimóle tanto el papa Gregorio XIII, que un día de propósito le fué á visitar á su posada, sin decir á nadie adonde iba; mas de que mandó encaminar la litera en que iba á la calle donde el doctor vivía, y en habiendo emparejado con la casa, mandó parar y salió de la litera: las gentes entendieron que salió para *tirar aguas*; mas el papa luego subió la escalera y cogió al doctor en descuido, que estaba estudiando: como le vió turbóse y echó á los pies y le adoró: las palabras que se dijeron no se sabe mas de que se sentó el papa en una silla y el doctor estuvo descubierto no queriendo sentar, y al fin le mandó sentarse por la vejez en un escabelo, porque le quería hablar largo: duró la plática poco menos de dos horas: fué un favor nunca visto ni oído del papa á persona particular. El mismo papa se resolvió en darle la púrpura de cardenal y la tuvo aparejada, si no se le estorbaba...» Antes también había pensado dársela San Pio V.

Es de presumir fuese consecuencia de aquella sorprendente y prolongada plática, ó de otras, pues también las hubo, consecuencia verdaderamente satisfactoria para el patrono sobreviviente del ya difunto arzobispo Carranza, el que el mismo juzgador suyo, Gregorio XIII, mandase ponerle aquel honorífico y elocuente epitafio, ante el cual el viador para, admira y fluctua si el pacientísimo primado fué mas infortunado en el tribunal ó es mas glorioso en el sepulcro. ¡Conquista piadosa monumental, solo reservada al defensor Azpilcueta! Ya en el novenario solemne que celebró inmediatamente después de la tumulación del arzobispo la comunidad de padres dominicos del convento de la Minerva, celebrando la misa cantada el vicario general, prior y otros religiosos graves, coronó los actos fúnebres el noveno día oficiando el piadoso Azpilcueta, alternando de esta manera su anterior carácter de abogado defensor en los estrados con el de sacerdote mediador en el altar.

La piedad del doctor Navarro fué tan eminente como su saber. No solo era exacto observador de los preceptos evangélicos, sino que perfeccionaba su cumplimiento con obras de supererogación, entre las que respaldaron la beneficencia y misericordia. Mientras fué catedrático, en terminando las tareas académicas trasladábase á los hospitales y asilos de caridad, donde desempeñaba los ministerios mas humildes en beneficio de la humanidad doliente y desvalida. En cuanto á su conducta á este propósito en Roma, hé aquí cómo se explica la citada *Apología de Roncesvalles*: «Cuando le llegaba el dinero de sus rentas computaba cuanto había menester para el sustento de la casa y mesa hasta el otro plazo: aquello retenía; todo lo demás distribuía en limosnas, tanto que cuando salía de su casa á negocios precisos de la junta de la sacra penitenciaría, ó á visitas de pobres y hospitales (que á menudo lo hacia), ó cuando era llamado por el papa ó por la Sacra Congregación ó Rota, ó por algun cardenal ó por otra cualquiera ocasion, siempre iba á caballo en una mula vieja, que la llevó de España, y llevaba dos escarcelas llenas de moneda para dar limosna á cuantos pobres topase; y en viéndole de lejos luego llegaban á él como enjambres, y daba á todos limosna, y siempre que le veían en la calle gritaban los pobres, *el santo hispanol*, y le rodeaban y les repartía lo que tenía: hizo tanto hábito la mula en pararse cuando llegaban los pobres, que llegando uno de ellos luego paraba y el doctor decía: «algun pobre llega cuando la mula para.» Inspirado de tales sentimientos de amor al prójimo fundó en su pueblo nativo un hospital dedicado á Santa Lucía, el cual ha subsistido hasta el presente siglo.

La liberalidad y el desprendimiento de Azpilcueta fueron tales, que nunca tomó ni pidió honorario alguno por las consultas particulares que constantemente se le hacían como á un oráculo; y antes bien solía suceder que á veces tenía que añadir socorros materiales á sus dictámenes y respuestas, por presentarse personas tan menesterosas de limosna corporal como espiritual. Su austeridad no le permitía aceptar jamás convite alguno ni aun de cardenal; le hacia ayunar aun siendo octogenario toda la Cuaresma, sin alimentarse hasta puesto el sol, y mientras residía en el Paular, según se dirá al final de esta reseña, dióle fuerzas para sujetarse en todo á la severa regla de los cartujos. Su modestia nunca quiso acceder á ser retratado, á pesar de las instancias de dos cardenales; pero un diestro pintor hurló tal repugnancia trazando furtivamente su imagen mientras decía misa; imagen que luego se estampó con apropiados disticos en su vida, publicada en 1573 á *espaldas suyas*, por su discípulo belga el doctor Simon Magno, canónigo de Lieja. Su laboriosidad era tan infatigable, que solo dormía cinco horas, y fuera del tiempo que invertía en actos de religion, constantemente estaba ocupado en estudiar, dictar y despachar los infinitos asuntos que se le confiaban: método de vida que observó hasta cinco días antes de su fallecimiento, á los noventa y tres años y seis meses de edad.

La fervorosa devoción del respetabilísimo doctor fué la ocasión de su muerte. En la octava del *Corpus* acostumbra conducir procesionalmente el Santísimo Sacramento en la parroquia de que era feligrés.

En tan avanzada edad advirtiéndole un amigo cuán conveniente sería el abstenerse de tal diligencia que era muy cansada; pero el venerable nonagenario le contestó que lo mas apetecible y glorioso para él sería exhalar el alma y restituirla á quien se la dió, al llevarle en sus manos. Realizóse el triste presentimiento de dicho amigo, pues aquel ejercicio piadoso causó tal fatiga y desconcierto al renombrado sabio, que cayó gravemente enfermo. Al conocer que se le acercaba la última hora hizo que le leyese la pasión de San Juan, y después de repetir clara y distintamente las palabras de Jesucristo «Yo he hablado á las claras al mundo y nada he hablado á escondidas,» este Nestor del siglo XIV, este *grande hombre* según el Brocense, conocido por anónima con referencia á su saber y á su patria por el DOCTOR NAVARRO, llamado por su piedad y semejanza en el tener en sus manos á Jesus en la custodia, cañoso y añoso, el *Viejo Simeon* en Roma, y calificado por los criticos de *teólogo entre los juristas, y jurista entre los teólogos*, espiró en paz el 21 de junio de 1586, día de San Paulino, á quien tanto imitó Azpilcueta en ser benigno, liberal y hasta pródigo con sus semejantes. Enterrósele con la mayor pompa por orden de Sixto V en el templo de San Antonio de los Portugueses, donde se le dedicó un epitafio adecuado á sus virtudes y méritos, y se le tributaron solemnisimas honras con oración fúnebre pronunciada en latin por el portugués Tomás Correa, célebre profesor de elocuencia.

Alonso Villegas, que á la sazón estaba escribiendo é imprimiendo en Toledo su *Flos Sanctorum* ó Vida de los Santos, coronó el *Apéndice* con la del Doctor Navarro, en el cual habló de cuantos fallecieron en olor de santidad. Hé aquí cómo se expresa sobre lo ocurrido en dicho templo durante la esposición del cadáver, y en Roma después de sepultado: «Llegaban todos á besar su cuerpo; algunos le despedazaban los vestidos; otros le quitaban los cabellos: trocaronle el bonete llevándolo por reliquias, de modo que fué necesario con fuerza quitarle de allí y ponerle dentro del coro porque no le dejasen desnudo, hasta que le sepultaron. Luego corrían por Roma sus cuentas, sus cilicios y otros aderezos de su persona, teniendo en reverencia como de santo, y á su sepulcro llevaban ramos y flores, y se encomendaban á él.»

Segun D. Nicolás Antonio, que también habla de estas demostraciones piadosas, aunque no según la ciencia del sencillo pueblo, era tan delgado y enjuto de carnes cual Basilio de Capadocia, que parecía imagen de un hombre espiante mas bien que de un hombre que tuviera cabales las potencias y sentidos. La estampa que encabeza estos renglones y cuantos aparecen en las colecciones de hombres célebres, representan al doctor con el hábito y la cruz que llevó toda su vida de canónigo regular de Roncesvalles; regularidad que constituye y afianza fundamentalmente y de hecho la unidad y la estabilidad personal de aquella iglesia pirenaica é histórica, al través de los siglos y de secularizaciones voluntarias de otras iglesias. De aquella manera, en aquel religioso traje exterior daba Azpilcueta á entender al mundo con edificación, no solo en España sino en Francia, Portugal y Roma, cuán presente tenía á su iglesia, cuánto amaba la regularidad, y cuán constante é inequívoca era su adhesión. Su cabildo correspondióle á la par condecorándole con las encomiendas que poseía en Castilla y Portugal; y de aquí provino el título de comendador del Villar de que usó siempre. Consérvese también aquella corporación en memoria perenne su retrato de notable antigüedad, en el que se lee con el año de su defunción: «Murió en Roma coronado de gloria por sus obras y virtudes.»

Sus obras principiaron á ver la luz en 1542, y consisten principalmente en Comentarios al derecho canónico, muy celebrados de los sabios. No se imprimieron reunidas hasta después de su fallecimiento, y entonces las prensas de Lion, Roma y Venecia las publicaron en tres tomos en folio. La obra predilecta del doctor fué su *Manual de confesores y penitentes*, puesto que afirmó el mismo haber estampado en este libro cuanto supo y escribió en otros, el cual salió á luz en castellano en Portugal y España. Corregido y aumentado púsole después en latin el mismo autor, quien vió entonces reproducirse ediciones del *Manual* en Amberes, Roma, Colonia, Paris, Venecia y Witzburgo: es decir, en casi todos los países católicos de Europa.

El M. Gil Gonzalez Dávila, hablando en el cap. IX de la *Historia de Enrique III* de la fundación de la Cartuja del Paular, dice: «Y tengo por una de sus grandezas el haber acabado en este real convento aquel libro de oro que escribió el santo varón digno de inmortal memoria, Martin Navarro Azpilcueta, *De Redditiibus ecclesiasticis*, que dedicó al prudentísimo rey D. Felipe II: dice que la acabó en el Paular, donde estuvo tres meses, y en él hay tradición que salía cada mañana con un jumentillo cargado de libros, y se iba á una de las muchas fuentes que alegran aquel desierto, donde estaba hasta muy tarde, y en el tiempo que estuvo en este convento, conformándose con el estilo de la vida religiosa, no comió carne.» Publicóse este libro en España con el título de *Tratado de las rentas de los beneficios eclesiásticos*, y tradujo al latin en Roma, le dedicó el aplaudido doctor á San Pio V. El objeto de esta obra es inculcar á los eclesiásticos que á escepcion de lo necesario

para su subsistencia, deben por ley y precepto de justicia invertir los bienes de la iglesia en socorrer pobres.

Suscite Dios en ella sacerdotes que por su piedad y doctrina sean tan ejemplares como el venerando doctor Navarro Martin de Azpilcueta.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

EL ARRABAL DE SAN GINÉS.

El caserio estramuros, no solo iba creciendo en direccion al Norte y en la barriada ó burgo de San Martin, sino tambien, y muy principalmente, hacia el lado oriental, desde la puerta de Guadalajara á la del Sol, y entre Oriente y Mediodía, desde la plaza Mayor á la plazuela de Anton Martin, y luego á la de la Cebada; de cuyos grupos de caserio, reunidos como ya hemos dicho en el artículo anterior, al otro de San Martin, vino á resultar la segunda ampliacion de este pueblo y su incorporacion á la parte murada de él por medio de la nueva cerca de los siglos XIII ó XIV de que ya queda hecha mencion y detallada hasta la puerta del Sol.—Desde aqui, segun parece, internando bastante trecho por el camino ó *Carrera de San Gerónimo*, torcia luego, formando escuadra, á buscar la recta de la plazuela de Anton Martin, donde se abrió otra puerta de entrada, y revolviendo en direccion de Poniente seguia hasta la esquina de la calle de Toledo, entre San Millan y la Latina, atando por fin con la antigua muralla en Puerta de Moros.

Son, como vemos, tres los trozos principales de caserio que después de formarse independientemente como *arrabales*, vinieron á ingresar de consuno en la antigua poblacion principal, á saber, el de *San Martin*, el de *San Ginés* y *Santa Cruz*, y el que llamaremos de *San Millan*. Pero el primero, dividido como lo estaba naturalmente de los otros por los barrancos de los Caños del Peral y el terreno arenoso y erial que mediaba entre la antigua muralla y el monasterio de San Martin hasta la puerta del Sol, venia á formar una burgada completamente separada de la central, comprendida entre la parroquia de San Ginés y la plaza Mayor, y que se extendia en longitud desde la puerta de Guadalajara hasta la de Anton Martin.—Esta parte central y mas importante del nuevo caserio es la que por espacio de tres á cuatro siglos (hasta mediados del XVI en que se trasladó la corte á esta villa) es la designada por autonomasia en los documentos y en el lenguaje vulgar de la época con el nombre de *el arrabal de Madrid*, añadiéndose únicamente en algunos de aquellos las palabras á *San Ginés* ó á *Santa Cruz*, segun la inmediacion á aquellas dos antiguas parroquias.—Siguiendo pues aquella natural subdivision, le consideraremos parcialmente en ambos trozos; el primero, comprendido entre la calle del Arenal, puerta del Sol y subida de Santa Cruz á la Plaza; y el segundo, desde esta y calle de Atocha hasta Anton Martin, terminando en la Carrera de San Gerónimo y puerta del Sol.

Ya queda dicho en los artículos anteriores los desniveles y barrancos que mediaban entre la calle de las Fuentes y los Caños del Peral. Estos profundos desniveles (de que aun queda notable muestra en la antigua calle de los Tintes, hoy de *la Escalinata*) servian de cava ó foso exterior á la antigua muralla, y fueron desapareciendo con el tiempo para formar la esplanada donde hoy se alza el Teatro Real y la nueva plaza de Isabel II; sin embargo, aun han podido nuestros padres saborear una buena parte de aquellos despeñaderos en las calles (que no existen ya) de *San Bartolomé*, plazuela de *Garay* y de *Quebrantapiernas*, que desde la tortuosa del *Espejo* los conducia ó mas bien les precipitaba en los *Caños del Peral*; y á la espalda de este edificio, en la subida á la plazuela llamada *del Barranco*, que estaba frente de la calle de las Fuentes, y con un saliente irregular que hacia la casa del marqués de Legarda, cerraba el paso á la calle del Arenal; hasta que con el derribo de dicha casa, en tiempo de los franceses, y la nueva alineacion de la manzana 402 continuó rectamente dicha calle del Arenal en su primer trozo desde el teatro de los Caños á San Martin. No llegó sin embargo José Napoleon á realizar su pensamiento de seguir la ampliacion de dicha calle, hasta poder ver la puerta del Sol desde los balcones de Palacio, y fué ciertamente lástima, pues cada dia se hace sentir mas la necesidad del ensanche y regularizacion de tan importante via. Esta, segun se asegura, no tomó forma de calle regular hasta los principios del siglo XVI en que fué terraplenada con los desmontes hechos para formar las calles altas de Jacometrezo y Desengaño, si bien á uno y otro lado del Arenal, de

que le quedó el nombre, se fueron levantando anteriormente algunos edificios, siendo sin duda alguna el primero y mas importante el de la iglesia parroquial de *San Ginés*.

Sobre la fundacion de esta parroquia tambien han discurrido largamente, y con su consabido entusiasmo, los cronistas de Madrid *Dávila*, *Quintana* y *Pinelo*, suponiéndola muy anterior á la dominacion de los árabes, y añadiendo que fué parroquia muzárabe y que en sus principios estuvo dedicada á un San Ginés mártir de Madrid en tiempo de Juliano Apóstata, por los años de 572; pero todas estas suposiciones corren parejas por lo gratuitas con lo del dragon de los griegos, en *Puerta Cerrada*, y las inscripciones caldeas del arco de *Santa Maria*, y fueron ya contradichas con mucha copia de argumentos por el erudito Pellicer y otros críticos modernos.—Lo único que se sabe de cierto es que ya existia esta parroquia por los años de 1558, y que estaba dedicada como hoy á *San Ginés de Arlés*; infiriéndose que pudo ser fundada á poco tiempo de la conquista de Madrid y con motivo del crecimiento de sus arrabales; pero arruinada su capilla mayor á mediados del siglo XVII, en 1642, *porque su mucha antigüedad no permitia ya mas duracion*, fué menester derribar todo el resto, levantando de nueva planta el templo, lo que se verificó á costa de Diego de San Juan, devoto y rico parroquiano que gastó en la obra 60,000 ducados, celebrándose la inauguracion con una procesion y fiesta solemne á 25 de julio de 1645.—Esta iglesia es clara y espaciosa, con tres naves y varias capillas laterales, entre las que es muy notable la del *Santisimo Cristo*, que es de crucero y con cúpula, y cuya antigüedad es tanta, que ya fué renovada en el siglo XIV y reedificada á mediados del XVII. Tiene muy buenas esculturas y retablo, y debajo de ella está la *Santa Bóveda* en donde las noches de la Cuaresma se celebran ejercicios espirituales de oracion y disciplina.—La torre de esta parroquia remata en una aguja con su cruz que viene á ser un verdadero para-rayos, pues sirviéndole luego de conductores las aristas del chapitel, representa en algunas ocasiones el fenómeno de aparecer iluminadas con no poca sorpresa y alarma de los vecinos y transeúntes. Este fenómeno fué observado ya á principios de este siglo por un monje de San Martin, y sobre él publicó en 1846 un folleto el señor cura de dicha parroquia. El 16 de agosto de 1824 sufrió esta iglesia un horroroso incendio, en el que pereció el gran cuadro del altar mayor, obra de Francisco de Rizzi.

De las casas de la nobleza madrileña que fueron cubriendo ambos lados de la nueva calle del Arenal en el siglo XVI, apenas queda ninguna ya, habiendo desaparecido para dar lugar á modernas construcciones la de *Olivares*, que hoy se reedifica de planta con el número 50; la de la *duquesa de Nágera* que daba vuelta á la plazuela de *Zelenque*; la del conde de *Fuente Ventura* á la otra esquina; la del *duque de Arcos* y de *Maqueda*, sustituida hoy por la elegante y magnífica del marqués de *Casa Gaviria*; la del conde de *Fuentes*, que formaba la esquina de la puerta del Sol y calle Mayor; y quedan solo en pie (aunque muy renovadas), la del conde de *Torrubia*, que fué del duque de Lerma, número 22 nuevo, frente á San Ginés; las del señor *Juez Sarmiento*, que hace esquina al callejon nuevamente abierto á la calle Mayor, y las que fueron de la *marquesa de Torresoto*, y hoy sirven de cocheras y dependencias de la frontera del señor conde de Oñate; pero estas dos últimas estan amenazadas de inmediata demolicion, y probablemente no terminará el año actual sin que ambas desaparecan.

Ningun recuerdo ni objeto particular de interés histórico ó artístico nos ofrecen las calles que median entre la del Arenal y la Mayor, y llevan los nombres de *las Fuentes*, de *las Hileras*, plazuela de *Herradores*, de *Coloreros*, *Arco de San Ginés*, y de *Bordadores*.—El callejon llamado de *la Duda* y ocupado actualmente con los comunes públicos, sospechamos que pudo tomar su nombre misterioso del objeto pudiendo á que estuvo destinado el edificio que le ocupó hasta mediado el siglo XVI.—En el archivo del ayuntamiento se encuentra original una real cédula de D. Carlos I y la reina Doña Juana, con fecha 28 de julio de 1541, cometida al corregidor de Madrid, en la cual se le precieve que las *casas de la mancebia pública*, que estaban cerca de la puerta del Sol (en el sitio mismo que ahora ocupa dicho callejon y el palacio del señor conde de Oñate), se trasladasen á otro punto mas distante y apartado del camino que iba á los monasterios de San Gerónimo y de Atocha, á cuya solicitud se mandaba dicha traslacion para evitar los escándalos que presenciaban los fieles que concurrían á dichos monasterios. Después de una recia oposicion de los dueños, se llevó á cabo dicha traslacion, comprándose para ello por la villa un sitio que tenia Juan de Madrid, mercader, y estaba á la *cava de la puerta del Sol* (en el mismo donde después se fundó el convento del Carmen calzado), cuyo sitio fué cedido al licenciado de *la Cadena*, Maria de *Peralta* y Francisco *Jimenez*, dueños de la mancebia, por indemnizacion de la que se les mandaba cerrar en la calle Mayor, y para poder construir la otra nueva. Dos de los once sitios que forman la superficie de los 34,305 pies que ocupa el dicho palacio de los condes de

(1) Véanse los artículos anteriores.

Oñate, pertenecieron (según los registros originales de sus títulos) á los herederos de dichos *Jimenez y Peralta*.

Esta casa-palacio, una de las mas espaciosas é importantes de la grandeza, debió ser construida á fines del siglo XVI, si bien la portada y balcon principal es obra del XVII ó principios del pasado, al estilo apellidado *churrigueresco*, tan encomiado y seguido entonces como acaso injustamente censurado después. A dicho balcon principal solian asistir las personas reales en ocasiones solemnes, y desde él presenció Carlos II y su madre Doña Mariana de Austria la entrada de su primera esposa Doña María Luisa de Orleans, el día 15 de enero de 1680, cuya ceremonia describe la *marquesa d'Aunoi* en sus preciosas *Memorias*, en los términos siguientes:

«Luego que S. M. estuvo adornada con los diamantes de ambos mundos, y cuando se hubo puesto un rico sombrero adornado con plumas blancas y realzado con la preciosa perla llamada *la Peregrina*, la mas bella de las perlas célebres, montó en un brioso alazan andaluz que el marqués de Villamayna, su caballerizo mayor, llevaba de la brida. La riqueza del traje añadía nuevos encantos á la belleza y majestad de la reina, y toda ponderacion es poca para pintar la grandeza y lujo de su comitiva: S. M. hizo un ligero saludo al pasar por delante de la casa del conde de Oñate para saludar al rey y á su madre que estaban en sus balcones. En seguida se dirigió á Santa María, donde el cardenal Portocarrero entonó un solemne *Te-Deum*.

»Al salir de la iglesia la reina pasó por bajo de varios arcos triunfales, y entró en la plaza de Palacio en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo. Pomposos carros y graderías, con muchos personajes alegóricos, fábulas y emblemas le enviaban las felicitaciones mas cordiales. Los magistrados y autoridades, ricamente vestidos, la arengaron en español y en francés; el Ayuntamiento la ofreció las llaves de la villa, y los grandes de España acudieron á cumplimentarla con todo su magnífico séquito. Llegada á palacio, el rey y su madre bajaron á recibirla al pié de la escalera, y después de haberla abrazado tiernamente la condujeron al salon real, donde toda la corte se postró á sus piés y besó respetuosamente su mano.»

A las puertas mismas de esta casa palacio tuvo lugar tambien, en la noche del 21 de agosto de 1622, la terrible catástrofe del asesinato cometido con un pistoletazo en su propio coche, en la persona del mordaz aunque ingenioso poeta D. Juan de Tarsis y Peralta, conde de Villamediana, y de la misma casa de Oñate, atribuido generalmente á celos de Felipe IV contra aquel arrogante y presuntuoso ingenio; terrible suceso que por lo misterioso y audaz dió motivo á tantos comentarios, versos y leyendas contemporáneas.

«Mentidero de Madrid (1),
decidme ¿quién mató al conde?
Ni se dice ni se esconde,
sin discurso discurrid.
Unos dicen que fué el Cid,
por ser el conde Lozano;
disparate chavacano;
pues lo cierto de ello ha sido
que el matador fué Bellido
y el impulso soberano.»

«Aquí una mano violenta,
mas segura que atrevida,
atajó el paso á una vida
y abrió el camino á una afrenta;
que el poder que osado intenta
juzgar la espada desnuda,
el nombre de humano muda
en inhumano, y advierta
que pide venganza cierta
esta salvacion en duda.»

(Continuará.)

R. DE MESONERO ROMANOS.



PALABRAS DE UNA MADRE Á SU HIJA.

Justo es, hija mia, que estando pronta á aparecer en el mundo, te enseñe algunos principios que te fortifiquen contra un elemento tan desconocido y peligroso.

Ante todo lleva por delante de tus pasos la religion, y nutre tu corazon de los sentimientos que ella te inspire, sosteniéndolos por reflexiones y lecturas convenientes.

Nada hay mas preciso que conservar ese sentimiento que nos hace amar y esperar, que nos da un porvenir agradable, que hace iguales todos los tiempos, que asegura todos los deberes, que nos responde de nosotros mismos, y que nos garantiza respecto á los demás.

¿De qué recursos no te proveerá la religion contra las desgracias que te amenacen? Porque cierto número de desgracias te está destinado, pobre niña!... Un anciano decía que se envolvía en el manto de la virtud; envuélvete pues en el manto de la religion, y te servirá de arma poderosa contra las debilidades juveniles, así como de seguro puerto en edad mas avanzada.

Las mugeres que no han nutrido su espíritu sino de las máximas del siglo, caen en una sima insondable, avanzando en edad: el mundo las rechaza, y la razon las manda vivir oscurecidas: ¿á qué apoyo se armarán? Lo pasado nos llena de recuerdos, el presente de pesares, y el porvenir de temerosas dudas. Solo la religion lo calma todo y nos consuela de todo. Unete pues á Dios, hija mia, pues él te reconciliará con el mundo y contigo misma.

(1) Las gradas de San Felipe.

Una joven que entra en el mundo se forma la mas alta idea de la felicidad que le prepara; ella quiere llenarla y satisfacerla, y tal es el manantial de sus inquietudes. Corre en pos de la realizacion de su idea, esperando llegar á una dicha perfecta; y semejante trabajo la hace ligera, versátil é inconstante.

Muy vanos son los placeres del mundo: prometen mas que dan: con su recuerdo nos inquietan: su posesion no nos satisface: su pérdida nos desespera.

Para fijar tus deseos piensa en que no gozarás muchas horas de una felicidad sólida y durable. Los honores y las riquezas no pueden disfrutarse largo tiempo: basta el hábito de los placeres para hacerlos desaparecer. Antes de haberlos gustado tú puedes pasarte sin ellos, en tanto que la posesion te hará necesario lo supérfluo. Es doloroso en verdad pasar de un estado bueno á otro peor; y sin embargo cuando el hábito es hecho, desvanece el sentimiento del placer!...

No nos creamos dichosos, hija mia, sino cuando sentimos que los placeres nacen del fondo de nuestra alma; *porque la verdadera felicidad consiste en la paz del alma, en la razon y en el cumplimiento de nuestros deberes.*

No son propias de las mugeres las virtudes que brillan; por el contrario lo son aquellas virtudes simples y apacibles. Decia un anciano *que las grandes virtudes son para los hombres*, no dando á las mugeres mejor mérito que el de vivir desconocidas. En efecto, creo que es bien, hija mia, que evites el mundo y sus pompas, porque atacan siempre al pudor, y que te contentes con ser la sola espectadora de tus hechos.

Las virtudes de las mugeres son enteramente meritorias, en razon á que la gloria no se las ayuda á practicar. Vivir en su casa, no ar-

reglar otro negocio que el de su familia, ser simple, justa y modesta, son virtudes penosas porque permanecen ocultas. Es necesario tener un verdadero mérito para consentir en no buscar el brillo, y un valor inmenso para ser virtuosa tan solo á los propios ojos. La grandeza y la reputacion son los dos apoyos con que la debilidad se fortalece: todo afán tiende á distinguir y elevar á su autor; pero si el alma se reposa en la aprobacion pública, la verdadera gloria consiste en saber pasar sin ella. Así pues, no sea la gloria el motivo de tus acciones: haz bien sin que esperes la gloria ó el brillo por recompensa.

El fastidio molesta casi siempre á las jóvenes: cómo lo ignoran todo, corren con inquietud hácia los objetos sensibles: el fastidio es sin embargo el menor de los males que deben temer. Los goces escesivos no son compañeros de la virtud: todo vivo placer es peligroso.

Cuando contamos con un corazon sano tenemos parte en todo lo bueno, y todo se vuelve felicidad en rededor nuestro: libre el alma de los sentimientos que seducen la imaginacion, ó que la exaltan con pasiones ardientes, la alegría é plácida y tranquila; y la virtud y la inocencia son las fuentes de que esa plácida alegría se nutre: pero desde que uno se acostumbra á los placeres vivos, se hace insensible á los placeres moderados, y la práctica de la virtud es muy penosa.

Preciso es temer esas grandes contracciones y terribles agitaciones del ánimo que preparan el fastidio y el disgusto. La *templanza*, decia un antiguo, *es el mejor mantenedor del deleite*: con la templanza, que da salud al alma y al cuerpo, se disfruta siempre una alegría dulce é igual, sin necesidad de espectáculos ni gastos: la lectura, el trabajo, ó una conversacion, producen alegrías mas puras que el aparato de los grandes placeres. Finalmente, los inocentes gustos pueden



El ex-convento de Valdescopezo.

adaptarse mejor al uso, siendo bienhechores y fáciles de disfrutar. Los otros placen, pero fastidian; alteran y gastan el temperamento humano, así como acaban por destruir su cuerpo.

Sé arreglada en todas tus acciones: algunos hay tan dichosos, que no tienen que temer jamás que les falte la fortuna, enteramente asegurada con fincas y propiedades inmensas. Pero tú, hija mia, solo puedes contar con una fortuna limitada, que te obliga á sugetarte á justos límites. Gasta pues con moderacion y economía: gasta con orden y cuenta: si así no lo hicieres, tiembla, porque el desórden de tus gastos te producirá la miseria.

El fausto es hermano de la ruina; y la ruina es inmediatamente seguida de la corrupcion de las costumbres; mas no por ser arreglada en tus gastos es menester que pegues de avara: piensa que la avaricia da poco provecho, y deshonra mucha.

No seas económica sino con el pensamiento de no decaer, y de hacer con lo que te sobra el bien de tus semejantes que la amistad ó la caridad te inspiren.

Es el buen orden y no el celo por las riquezas lo que produce los grandes provechos. Plinio, remitiendo á su amigo la obligacion de una suma considerable que databa del tiempo de su padre, acompañándole un finiquito general le decia: *Yo no soy rico y he menester seguramente de grandes economías; pero yo sé formarme un capital*

de mi frugalidad, que me permite hacer en favor de mis amigos sacrificios como el que hoy te dispenso.

No escuches las necesidades de la vanidad. *Es necesario ser como los demás*: tal es lo que dicen los necios. Que tu emulacion sea mas noble. No sufras que persona alguna sea mas honrada que tú: no permitas que te sobrepuje nadie en probidad y rectitud.

Siente pues la necesidad de la virtud: la pobreza de alma es mucho mas penosa que la pobreza de la fortuna.

EL EX-CONVENTO DE VALDESCOPEZO.

PANTEON DE LOS ALMIRANTES.

Costumbre añeja fué entre los señores de tierras y vasallos erigir en lugares solitarios y melancólicos la mansion del eterno sueño para si y sus ilustres razas. Ya es un valle silencioso, donde resuenan durante la noche los rezos pausados del coro sacerdotal; ya sobre las fragosidades del sombrío monte se eleva la cúpula del santuario; ya en la rústica soledad vibra el son tristísimo del metal sagrado, per-

diéndose en misteriosos ecos por los lejanos límites del horizonte. Parece que por un instinto profundo busca el espíritu los parajes desiertos y tranquilos para ocuparse de la eternidad. El tumulto de las ciudades, la inquietud de las gentes, no se avienen con la paz de los sepulcros ni con la imagen del no ser. Consiste esto en que para penetrarse el alma de las hondas impresiones y para elevarse á los sublimes pensamientos que produce la sombra de Dios, es preciso desprenderse del contacto con el mundo material y perecedero, aislarse en las regiones de lo moral é infinito, y purificar los vuelos de la imaginación en los espacios de la inmortalidad. Y no solo hay esto. El viajero, fatigado por larga y azarosa jornada, busca un albergue retirado é inalterable para el necesario reposo. Y así también, el hombre que cruza el sendero de la vida, sembrado de tropiezos y de afanes, desea tener al cabo de su camino una morada de silencio y soledad, como descanso y compensación de las virtudes laboriosas de la tierra.—El dolor, por otra parte, tiene sus misterios, y si tal puede decirse, su pudor. El ruido le comprime, la luz le mancha, la sociedad le mata. Necesita para su expansión íntima el retiro, las sombras, el éxtasis. Es una flor que vive en regiones ignoradas; es una especie de culto sentimental, en cuyos misterios, de lágrimas causa el mundo torpe y sacrilega profanación. El estrépito de las poblaciones ahoga los gemidos, la mirada de las gentes detiene el llanto, la risa de los demás es un dardo para el corazón lastimado. Por eso al dolor le pintó velado el genio latino, como el cincel griego idealizó la estatua de la virginidad.

En todos tiempos y religiones se ha observado esa tendencia fija, esa inclinación constante á los tómulos campestres, á los panteones rodeados de silencio y soledad. Y esa observación comprueba la existencia de una causa íntima y connatural en la especie humana, una predisposición moral, permanente, para determinar el fenómeno en su apreciación mas elevada y filosófica. Egipto levantó en la edad antigua sus pirámides en el desierto. En los tiempos modernos del cristianismo surge el Escorial de entre las rocas de Guadarrama, y el Poblet abre sus mausoleos entre las asperezas de Aragón para recibir las cenizas de los monarcas, y oír los llantos de la piedad religiosa por su eterno perdón. Pelayo reposa en los silvestres breñales de Covadonga; Ruiz Díaz en el ascético retiro de San Pedro de Cardeña. Reyes, héroes, magnates sin cuento yacen diseminados en sombríos monasterios y rurales santuarios, lejos de los rumores mundanales, para que ningún profano aliento se interponga entre la plegaria de la criatura y la misericordia del Criador.

Esta usanza, nacida de tan altas consideraciones morales, se propagó y consolidó hasta el extremo de hacerse punto de grandeza entre los potentados, por el ejemplo de los monarcas y de los grandes hombres. Y fué al fin necesidad indeclinable para la aristocracia feudal labrar las fúnebres moradas en abadías y panteones de su creación en el fondo de los bosques, en la cumbre de los riscos, en los yermos estériles y desolados. Los Almirantes de Castilla, participando de las ideas y conveniencias de su clase y de su época, quisieron poseer también un panteón familiar, y eligieron al melancólico y silencioso Valdescopezo para dormir con los suyos el sueño de la noche funeral y sempiterna. El lugar era ciertamente muy á propósito para el triste objeto. Para estas cosas no hay mejor artista que el corazón.

A una legua de Medina de Rioseco (S.-E.), y en las vertientes occidentales de los alcores que dominan la llanura, fórmanse un vallecito á manera de anfiteatro, retirado y silencioso. Hace allí la cordillera cierto recodo, y en la concavidad de esta quebradura se estableció, allá por el siglo XV, un piadoso varón, llamado Fray Pedro de Santoyo, con algunos hermanos de religión.

«Este convento de Valdescopezo (dice el manuscrito de la fundación), que es dicho Santa María de Esperanza, por tener..... de la Virgen sin mancha, Nuestra Señora, fué comenzado por el bienaventurado padre de buena memoria, F. Pedro de Santoyo, en una pequeña casa ó ermita encima de esta huerta, donde los frayes estuvieron por algunos días, é esta fué la cuarta casa de la provincia, é esto fué por el año de Nuestro Señor Jesucristo, de 1429, año poco mas ó menos, é tan poco era el número de frayes en aquellos tiempos, que non tenían mas de un sacerdote, é aquel se iba y venia á confesarse á Valladolid, para decir misa, é después que algunos años en aquella casilla moraron el muy noble señor Don Fadrique, Almirante de Castilla, muy devoto de nuestra religión, en especial de esta nuestra provincia, mandó hacer esta iglesia é casi toda la casa por la mayor parte.—Fué este señor almirante padre de la señora reina Doña Juana, que fué reina de Navarra é después reina de Aragón, madre del muy esclarecido y victorioso señor el señor rey Don Fernando, que agora reina. Fué este dicho señor almirante de tanta devoción é la señora Doña Teresa, su muger, que si los frayes quisieran no solamente todas las cosas que eran menester para edificación, mas ainda para el mantenimiento de cada día querian dar si á los frayes lo quisieran recibir.»

Otras particularidades contiene el curioso documento, que por su prolijidad omitimos. El convento fué constituido para la orden de franciscanos recoletos, á cuyo patriarca tuvo aquella poderosa familia tan singular, tan asombrosa devoción, que llegó á erigirle, según parece, veintitres conventos de ambos sexos. Y aquellos señores se retiraron á pasar el último periodo de sus días en ascético aislamiento, dentro de los muros alzados por su pródiga piedad. Falleció primero el almirante, y su viuda permaneció en aquella clausura hasta el postrimero de su vida: habiendo sido después de su defunción colocada en la iglesia, bajo sepulcro nada ostentoso, ni análogo á su profusión y poderío, y en el cual yacía de antemano su perdido esposo, por concesión del papa Sixto IV.

Constaba la obra de Valdescopezo, perfeccionada y acrecida por algunos sucesores de los patronos, del edificio conventual, la iglesia y otros departamentos menores. A su espalda se extendía una gran huerta, guarnecida de cipreses, pinos y otros árboles de sombra, que servían de paseo á los solitarios. En ella existía una famosa fuente, conocida con el poético nombre de *la Samaritana*, cuya fábrica consistía en una larga galería subterránea, horizontal por las entrañas del cerro, construida de sillería, y que contiene delicadas cuanto abundantes aguas. Se halla rodeada por una vistosa glorieta de arbustos y floridos ramajes, y se llega á ella por bajo de frondosos y aéreos emparrados. También hay en cierto sitio sombrío y apartado una capillita humilde y austera, con advocación de San Antonio, destinada sin duda á penitencia ó votos particulares. Circuye la huerta un muro de mampostería, y formaba el conjunto un sitio de melancólica y grata perspectiva, muy en consonancia con su objeto y con las impresiones propias del espíritu de los que se acogían á estos místicos asilos. Aparte de esto, una de las cosas mas notables de tan bella posesión era el magnífico estanque, de sillería, para mantener pesca en los copiosos raudales perdidos de *la Samaritana*.—Precedían á la entrada principal del convento unas vistosas praderías, extendidas sobre el fondo de la vallejada, salpicadas de seculares choperas y bañadas por un arroyo de cristalinidad, que descendiendo de las colinas va á perderse entre los viñedos de las cercanías. Y forman el término culminante de este cuadro las blanquecinas cumbres de los collados, que señorean la masa del edificio con sus plantíos y campiñas.

La iglesia del convento, situada en su ala oriental, era una nave de orden dórico, sostenida por medias pilastras, con cuatro capillas laterales, y cubierta de bóveda ojival guarnecida de filetes y rosetones. Este contrasentido artístico necesita explicación. El templo fué indudablemente gótico en su totalidad; pues siéndolo la techumbre, última parte de la construcción, lo había de ser por fuerza el alzado anterior de los muros. Resultaría si no la extravagancia de invertir los órdenes y los tiempos del arte. El gusto germánico fué del siglo XII, las escuelas griegas del XVI; y raro y absurdo sería que el principio de la obra correspondiese al periodo posterior y el fin al anterior. Entendemos pues que cuando se construyó últimamente la portada del templo fué también reformada su decoración interior y arreglada al tipo de aquella. Su gusto es dórico, y forma un cuerpo de pilastras coronado de triangular frontispicio, rematando la fachada en una espadaña con cartelas y arcos calados. Estas obras, y el pórtico del convento, de estilo toscano, son fábrica del siglo pasado, después de la restauración del arte. Ambas estaban perfectamente ejecutadas en excelente sillería, haciendo cada cual, con sus medias cañas, pilastras embutidas y exactos adornos, una vista de buen efecto. Parécenos fueron construcción de la casa fundadora; pues sobre la portería estaba en una lápida colosal abierto el blason de la familia ducal de Osuna, sucesora de los primeros patronos.

El templo de Valdescopezo fué efectivamente el panteón de la casa titular del almirantazgo. En él consta que fueron depositados los restos de muchos personajes de ella, entre los cuales se cuentan principalmente: Los fundadores, en el bulto y reja de la capilla mayor; los almirantes D. Luis, D. Fernando y D. J. Alfonso, cuyos féretros, con otros de su familia, hasta el número de once, fueron traídos á este lugar, en 8 de mayo de 1664, por el conde de Melgar y disposición de D. J. Gaspar Enriquez. Yacían aquí además varias esposas, hijos y deudos de los almirantes; ascendiendo á treinta y tres la totalidad de los que en este enterramiento fueron colocados desde el año 1500 hasta el de 1615 solamente.

Todo ha desaparecido; y nunca mejor que sobre estas derruidas tumbas pueden aplicarse aquellas tremendas palabras del profeta del dolor:

et si mane me quæsieris non subsistam.

Hoy Valdescopezo, sin arboledas, sin frescas corrientes, sin los encantos pintorescos de la naturaleza, es un árido y despoblado erial, y no sorprende, cual oasis frondoso é inesperado, los ojos del pasajero fatigados y enardecidos por la monótona aridez de los páramos campesinos. En otro país hubieran convertido el buen gusto y la laborio-

sidad á Valdescopezo en una deliciosa quinta, en un lugar bellísimo de amenidad y de recreo. Entre nosotros se han talado los árboles, destruido las fuentes y abarbecado las praderas, para sembrar patatas y algarrobas. Reflexiones poco gratas se nos vienen á la imaginación. Ese mal es muy viejo, y su curación es obra del tiempo y de la sociedad.

V. GARCÍA ESCOBAR.

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

I.

Una de tantas.

A corta distancia de T..., bonito pueblo, situado en los alrededores de Carmona, trasponiendo una colina á cuyo pié está fundado, y dejando á la derecha su cementerio que eleva solitario sus ruinosas tapias, sobre las que asoman algunos cipreses, comienza un bosque ó plantío, como le llaman los naturales del pueblo, á causa de los muchos árboles nuevos que contiene, y prolongándose como hasta un cuarto de legua, termina junto á una preciosa quinta perteneciente á un grande de España, que tiene la mayor parte de sus estados en Andalucía.

A un lado de este bosque se estiende una vega fértil, aunque de reducida estension, regada y dividida de él por un riachuelo sembrado en su derecha márgen por un vallado de cambroneras y espinos blancos, y limitan la perspectiva á derecha é izquierda dos cordilleras de cerros de inmensa elevación, dondó vejetan inculcos algunos olivos centenarios, entre cuyas raíces lucen su verdor sombrío, el iris salvaje, la silvestre pipirgalla y la rastrera yerbamora.

Durante el invierno, si puede decirse que existe el invierno en Andalucía, este bosque es triste y solitario, y no se escucha en él otro ruido que el del viento cimbreando los ramos deshojados, ó el del monótono canto de las ranas que asoman por entre los juncos de sus lagunas; mas no bien llega la primavera, todo muda de aspecto, todo reverdece, todo se anima, y el silencioso bosque se transforma en un ameno valle lleno de aves, de brisas y de flores; oasis delicioso, desconocido de los viajeros que pasan por el camino de Sevilla, y solo alcanzan á ver los elevados cerros que le rodean.

En el comedio de este bosque, aunque algo mas cercano al pueblo que á la quinta, se eleva un edificio cuya heterogénea apariencia pone en duda el verdadero nombre que le conviene. Sus paredes, pintadas de un color que en otro tiempo habria sido amarillo, las ventanas del piso alto cerradas con persianas verdes, y la estensa calle de tilos que conduce hasta la puerta, sombreada por una parra, le hacen semejar á una quinta ó casa de recreo; pero después, observando esta misma puerta, formada de tablas mal unidas, su techo de paja donde florecen diversas especies de yedras y de parietarias, la cerca de su corral, hecha de tierra y coronada de cambrones, y su aspecto ruinoso por algunos lados, se cree ver una granja ó alquería no de las mejores; y en resolución, ofrece en su conjunto un contraste tan marcado de gusto y abandono, de elegancia y de rusticidad, que hace presumir ha tenido por dueños personas de distintos caracteres é inclinaciones.

En 183... época en que da principio nuestra historia, la casa estaba en el mismo estado, salva una corta diferencia, y entonces pertenecía á un labrador llamado Justo, que la habitaba en compañía de un hijo único, de una antigua criada, y de un pastor, guarda de un rebaño de ovejas, que junto con algunas tierras en la vega de que hemos hecho mencion, constituían su fortuna; pues aunque habia heredado de su padre, además de esta casa, muchas y muy productivas posesiones, numerosos rebaños, y algunos miles de reales, su carácter descuidado y desidioso, y sus frecuentes viajes á varias ciudades cercanas, en donde se habia entregado á una vida disipada y á los ruinosos atractivos del juego, destruyeron en pocos años su patrimonio, por el que era considerado como el labrador mas rico de la comarca, reduciéndole á una medianía que rayaba casi en la pobreza.

En una de las largas temporadas que pasó en Sevilla, y merced á los considerables bienes que aun conservaba, contrajo matrimonio con la hija menor de un notario de dicha ciudad; y como se acercase la primavera, los jóvenes esposos, mandando hacer antes algunos reparos indispensables en la casa del bosque, fueron á pasar en ella su luna de miel.

Mas ¡ay! esta, que en lo general es muy breve, lo fué mucho mas,

ó mejor dicho, no existió para ellos, y pronto conocieron estos dos seres, unidos por la casualidad, cuán profundamente estaban separados por la naturaleza. Luisa fué una de tantas jóvenes sacrificadas al interés, que espian con una vida de amargura su falta de resolución para huir del precipicio al que tal vez involuntariamente se las impele. Timida, apasionada, reflexiva, no solo no halló en su enlace con Justo la dicha que en sus ensueños juveniles habia deseado, sino que tampoco las consideraciones debidas á la muger cuando cumple resignada, ya que no feliz, con sus deberes; y aquel por su parte, hombre de carácter grosero y de gustos vulgares y rutinarios, solamente vió en Luisa, pasados los primeros días, una muger triste, caprichosa, incomprensible é inútil para los mezquinos quehaceres á que la destinaba, haciéndola sufrir á poco tiempo los tormentos de la tiranía doméstica, que como ha dicho muy bien un escritor célebre, es la mas insoportable de todas.

En el primer año de su matrimonio tuvieron un hijo, á quien Justo miró con la misma aversión que á Luisa, y en quien esta puso todo el cariño y ternura que atoraba en su pecho, sufriendo desde entonces con mas resignación la cruz bajo cuyo peso su triste juventud se doblegaba. Este acontecimiento, unido á los frecuentes viajes de su marido, le proporcionaron algunos días serenos, pues en su ausencia, especialmente en el buen tiempo, gozaba de los tristes pero agradables encantos de la soledad del bosque; sonreía con su hijo, y charlando con una antigua criada que la habia visto nacer y nunca quiso separarse de ella, recordaba los hermosos días de su infancia; mas ¡ay! esta alegría era muy breve: á un corazón jóven todavía, y virgen de los goces del amor, á una imaginación poética que concibe todos los prodigios del sentimiento, no bastan ni aun los inefables placeres de la maternidad: le son necesarias otras sensaciones mas íntimas, mas delicadas, mas ardientes, y que la pasión, solamente la pasión puede dar.

Además, en sus mismas alegrías maternas sentía aquella pobre muger un tormento continuo, viendo á su hijo tímido y delicado, á quien á su muerte dejaría sin amparo y sin protección, y considerando que los pocos días tranquilos de que gozaba, contribuían á arruinar los escasos bienes que debían pertenecer á aquel niño: así es, que á pesar de haber luchado largo tiempo con la muerte, después de intentar en vano acercarse á su marido, y queriendo inútilmente apagar el fuego de su imaginación que la devoraba, sucumbió por último, víctima de esa tristeza que se apodera del corazón humano cuando hora sus ilusiones perdidas, y cuando se estingue en él para siempre la mágica luz de la esperanza.

Momentos antes de morir, apoyando los labios sobre la pálida frente de su hijo, y estrechando entre las suyas la mano de Marciana (este era el nombre de la fiel criada), la pidió con voz desfallecida y suplicante que cuidase de aquel pobre niño, que no le abandonara nunca y le amase con la misma ternura que á ella; y no bien la anciana la juró entre sollozos servirle de madre hasta su muerte, aquella pobre criatura, engañada en sus afecciones y esperanzas, se abandonó á los cuidados espirituales del cura párroco de T... que la asistió hasta su hora postrera, y exhaló el último suspiro murmurando palabras de perdón para el que tan cruelmente habia marchitado su juventud.

Su muerte fué tan ignorada como su vida; pues Luisa, en las pocas veces que tuvo ocasion de ver á su padre, el cual murió á los dos meses de su matrimonio, no pronunció jamás ni una queja contra su marido: queja que en cierto modo hubiera sido un reproche para aquel anciano enfermo que tocaba ya al borde del sepulcro; de manera que solamente después de mucho tiempo supo su hermana mayor, viuda de un capitán muerto en la guerra de la independencia, única de su familia que la habia sobrevivido y que residía en Madrid, que Luisa, la feliz Luisa, la rica arrendadora, habia sucumbido víctima del cólera que en aquella época infestaba la Andalucía. Marciana, la criada de Luisa, era una de esas sencillas aldeanas cuyo tipo se va perdiendo poco á poco. A pesar de su ignorancia, como todas las personas que han vivido mucho, no carecía de cierta penetración: franca, brusca, alegre, un tanto maliciosa, era notable sobre todo por su laboriosidad, economía é inteligencia para las faenas domésticas; y á estas cualidades reunidas á otras causas que vamos á esplicar, debía su permanencia en casa de Justo, á quien no inspiraba grandes simpatías.

Marciana heredó de un hermano suyo, sacristán mayor de la catedral de Sevilla, algunos miles de reales, en ocasion en que acosado su amo por sus acreedores iba á vender la mayor parte de las heredas que le quedaban, con objeto de solventar sus deudas, y entonces la fiel criada, por consideraciones á Luisa, que aun vivía, puso á disposición de aquel la referida cantidad; y como Justo nunca habia podido devolvérsela, conservaba en su compañía á la que por otra parte juzgaba una criada inteligente y hacendosa, y aun moderaba para con ella los arrebatos de su genio discolo é insoportable.

Merced pues á esta circunstancia, Marciana pudo cumplir noblemente la promesa que hizo á Luisa en los últimos momentos de su vida, de consagrar sus desvelos al pobre niño que aquella dejaba abandonado; y con efecto puso en él toda la afección profunda con que por espacio de tantos años se había consagrado á su madre: le apó con esa ternura, con esa fuerza de sentimiento y de abnegación que rara vez penetra en las almas vulgares; pero que si llega á introducirse en ellas, echa raíces mas profundas y duraderas que en las inteligencias privilegiadas: extraña, aunque verdadera anomalía, debida acaso á que teniendo estas un círculo mas estenso de ideas en que girar, no pueden como aquellas concretarse en una que absorba todas sus facultades y pensamientos.

Mario era un niño de un físico delicado, pero que gozaba de la mas perfecta salud. Al morir su madre tenia apenas cuatro años, y desde esta edad descubria en su sonrisa y en las inflexiones de su voz una viva semejanza con aquella. Observando esto mismo Justo, y adivinando acaso que á par de sus facciones heredaría tambien el alma y los sentimientos de la infeliz victima de su rudeza, sintió hácia él una indiferencia despreciativa, y le abandonó enteramente á los cuidados de Marciana, la cual ya hemos dicho que hizo cuanto la fué posible para que aquel huérfano infortunado no echase de menos los cuidados maternales. El niño fué creciendo poco á poco, y no bien salió de entre los brazos de la honrada aldeana, y á la manera que un tierno pichon apenas se siente con fuerzas para volar abandona el calor del nido materno y busca la libertad de los campos, así Mario corrió al bosque y las montañas que rodeaban su casa, comenzando desde entonces la vida solitaria y casi salvaje en que sus breves años trascurrieron.

Los juegos, las risas, los dulces llantos, las alegrías repentinas, la graciosa hilaridad de la infancia, todo le fué desconocido: parecia que aquel niño adivinó desde entonces que había nacido para sufrir, y que solo debía á la suerte una herencia de lágrimas. Además, con un instinto precoz, conoció tambien la aversión que inspiraba á su padre, y participando él mismo de este desvío, que nunca pudo vencer, contribuyó á aumentar la tristeza y taciturnidad de su carácter.

Desde sus primeros años sintió un deseo instintivo de soledad y aislamiento, que con la edad se aumentó en él hasta un grado inexplicable: así es que durante el buen tiempo pasaba los dias enteros ausente de su casa, trepando á la cumbre de los cerros, desde donde veía la salida del sol, ó bien sentado en el sitio mas sombrío del bosque, permanecía muchas horas observando el rastro de un hormiguero sobre la yerba, el vuelo de un ave ó la tortuosa marcha de un reptil. Llegaba la noche, y vuelto á su casa, después de atrancar cuidadosamente la puerta, se sentaba en el patio, esperando la venida de su padre, el cual pasaba la mayor parte del dia en T..., donde se susurraba tenia amorosas é ilícitas relaciones, oyendo al mismo tiempo las añejas canciones de Marciana, que se confundían con los chirridos lejanos del grillo y de la cigarra.

En el invierno, á no ser que las lluvias interceptasen las sendas, Mario variaba muy poco este género de vida; solo que entonces rara vez descendía al valle, y pasaba todo el dia en la cima de las montañas, buscando como un enfermo los vivificantes rayos del sol, y de noche, sentado á la lumbre del hogar, oía con silencioso interés á Marciana, que instruida en parte por su hermano el sorchante, y en parte por las lecturas de Luisa, le narraba con admirable sencillez ya un pasaje de historia sagrada, ya un episodio de novela, ó bien el trozo mas maravilloso de un cuento de hadas; de modo que Mario confundía luego en su imaginación las grandes verdades con las risueñas ficciones, la vara de Moisés con el talisman de la Puerca cenicienta.

Algunas veces se acordaba tambien de su madre, de su buena y santa madre, como decia Marciana; y entrando en el cementerio se sentaba en el sitio en que aquella había sido enterrada, y permanecía allí muchas horas, saliendo después mas triste y taciturno que de costumbre.

II.

Primer desengaño.

Un pequeño acontecimiento alteró solamente en el espacio de diez y siete años esta existencia aislada.

Un dia en que Mario entraba en su tercer lustro, y mientras se desayunaban juntos, Marciana le habló en estos términos:

«Hijo mio, has llegado á los quince años, y ya es tiempo de que goces las diversiones propias de tu edad. Hoy se celebra la fiesta de la Santísima Virgen, patrona de T...: el dia está hermoso; ve pues al pueblo, procura adquirir amigos y relaciones y divertirte sin ofender á nadie. No siempre has de vivir solitario como un buho, y en verdad, me da grima verte pasar dias y dias en el mismo estado....» Al llegar á este punto detúvose la anciana; pues aunque la restaban otras muchas cosas que decirle, no se determinó á hacerlo en aquella ocasión, por razones que explicaremos mas adelante.

Aunque de carácter áspero é indócil, Mario nunca se había resistido á los consejos de Marciana, conociendo cuánto le amaba esta, y

con qué solicitud procuraba su bienestar: por lo mismo, entonces se apresuró á cumplir sus deseos sin repugnancia, aunque sin alegría. La honrada aldeana sacó al punto el traje de gala de su jóven protegido, y luego que le peinó y arregló sus enredados cabellos y le hubo lavado la cara con agua y aguardiente, con objeto de blanquear un poco su cutis tostado por el aire y sol, le ayudó á vestirse, dándole al mismo tiempo las mas sabias lecciones sobre el modo de llevar cada prenda, y ataviándole en pocos instantes con una complacencia verdaderamente maternal.

Sin embargo, el traje de Mario, como diria un folletinista de modas, era de una admirable sencillez.

Un sombrero de paja, una camisa en cuya pechera se ostentaban dos enormes ramos bordados y acabando en un cuello de inconmensurables dimensiones sujeto por una corbata amarilla, un chaleco de color indefinible á causa de tener tantos, una casaca de lienzo azul, cuyas mangas no le tapaban las muñecas, un pantalon de la misma tela, que no le llegaba á los tobillos, y finalmente, unos zapatos de cuatro suelas completaban su atavío, y para que no le faltase ni el mas pequeño toque, trascendía al olor del membrillo que Marciana tenia cuidado de poner en todos sus guarda-ropas, pues esta tambien había comprendido y adoptado el lujo de los perfumes.

(Continuará.)

¡POBRE MADRID!

Yo, pobrecito Madrid,
que me vi por el invierno
lleno de bailes y lodos,
de tertulias y de necios,
de buena gana llorara;
mas ¡ay! que no puedo hacerlo:
mis lágrimas son de noria;
pero todas me las bebo.

A verme vino el verano,
y al subirse sobre cero
dejó mis casas vacías
y mis calles como yermos.

El apuré de mis fuentes
los pilones medio llenos,
y donde antes hubo linfas
después muchachos corrieron.

Por él robaron mis joyas
villas, ciudades y pueblos;
por él los vesti con ellas
y los di encima dinero.

Mis doncellas melindrosas,
seguidas del sexo feo,
á bañar van en los mares
su enciclopedia de nervios.

Otros respiran en tanto
los céfiros del desierto
en las fértiles llanuras
de Valdemoro y Pozuelo.

Otros tragan como gloria
aguas de azufre y de hierro,
y vuelven, si no curados,
penitentes á lo menos.

Y todos hallan placeres,
simpatías y consuelo,
en copiar la alegre vida
de los godos y los suevos.

Que hay quien deja el blando coche
por trepar por vericuetos,
los banquetes por el hambre,
las charangas por cencerros.

Volved pues, hijos ingratos,
habitantes forasteros;
nuevos goces os preparo:
volved á alegrar mi seno.

Y tú, sucesor de agosto,
mes de polvo y trastos viejos,
derrama por las provincias
las regaderas del cielo.

Verás cómo empaquetados,
entre tumbos y entre vuelcos,
á contarnos muchas cosas
volverán los que se fueron.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.